



ZORROZUA SANTISTEBAN, Julen

El retablo barroco en Bizkaia / Bilbao : Bizkaiko Foru Aldundia/Diputación Foral de Bizkaia, 1998. – 524 p. : il.; cm. – ISBN: 84-7752-267-7

Una vez más los que nos interesamos por la historia del arte en el País Vasco debemos congratularnos de la publicación de una obra destinada a colmar un vacío que se dejaba sentir en nuestro terreno. Y una vez más debemos reconocer la utilidad que, para el avance de nuestros conocimientos del arte en este país, tienen la vida y el progreso de nuestras Universidades por medio de la elaboración de tesis doctorales. Porque eso es lo que Julen Zorrozuza nos presenta en este magnífico libro: el fruto de largos años de investigación con vistas a su doctorado. Una investigación que continúa la línea de las tesis de Vélez Chauri (1988) sobre la retablística en Álava, Burgos y La Rioja, de Cendoya Echániz (1989), sobre la del Goyerri guipuzcoano, y Polo Sánchez (1990) sobre Cantabria. El autor ha sabido también aprovechar la plataforma que le ofrecían trabajos de otros especialistas como A.R. Gutiérrez de Ceballos, J.A. Barrio de Loza, J.M. Ramírez, M.I. Astiazarán, Pedro L. Echeverría, etc.

Notemos ante todo dentro de qué límites se despliega el trabajo del autor. Geográficamente, consciente de la importancia esencial que en este campo tiene la pertenencia diocesana, el autor ha tenido que fijar sus fronteras en los espacios que en Bizkaia correspondían a la sede episcopal de Calahorra-La Calzada; cronológicamente, el autor ha expuesto razones convincentes para ceñir su trabajo entre los años 1620 y 1780; y metodológicamente, ha elegido, según su explícita confesión, el método histórico-artístico. En este punto, precisemos desde ahora que cuantos sólo tienen ojos para los aspectos estético-formales de la iconografía retablística, pueden sentirse defraudados. Si algún valor atribuyo yo a este libro, y es muchísimo, es porque nos hace conocer y sentir lo que era un retablo en los siglos XVII-XVIII. Cuando en los tiempos que corren, y a propósito de una nueva iglesia parroquial, me llega la pregunta “¿Y qué ponemos como retablo?”, no puedo menos de sonreírme pensando en el sinsentido de tal pregunta si se hubiera formulado en el siglo XVIII. En aquel entonces un retablo no era un simple trabajo más o menos artístico: Era un acontecimiento de enorme importancia en el orden religioso, social, cultural y económico; un acontecimiento que implicaba a varias instituciones y a centenares de personas, y de cuyas dimensiones hoy sólo tienen alguna idea los que, como el autor de este libro, se han metido a fondo en el asunto. Era tanto o más que la construcción de una iglesia.

Y esto es lo que nos hace comprender la lectura de este libro. Vaya por delante que el trabajo de Julen Zorrozuza es, ante todo, una magnífica contribución a la deseada elaboración de un “corpus” del arte en Bizkaia y del retablo barroco en particular, integrándose antes en un “Catálogo monumental de la diócesis de Bilbao”, cuya publicación sigue siendo un deseo común todavía insatisfecho.

Huelga decir que el autor ha cumplido una labor exhaustiva en lo que se refiere a la bibliografía de cuanto se ha escrito en libros y artículos sobre el tema, así como en la consulta de los archivos. Esto supuesto, ante el cúmulo inmenso y heteróclito de datos reunidos, el autor ha sabido organizar sabia y didácticamente su material en cuatro grandes capítulos que quedan suficientemente entendidos por sus epígrafes: 1º: Marco geográfico e histórico. 2º: El ámbito socio-profesional. 3º: El retablo. 4º: Catálogo de artistas y obras.

En cuanto al primer capítulo, sólo indicaré que el autor aclara y subraya justamente la importancia que entonces tenía la jerarquía diocesana y la absoluta dependencia de ella en que vivían los fabricantes de arte religioso, en aquel período postridentino en el que la Iglesia quiso controlar con rigurosa inmediatez cuanto se exhibía ante los ojos de los fieles. Por otra parte, para todo historiador que, en el campo del arte, atribuya un influjo notable, por no decir determinante, a los factores sociales, el capítulo dedicado al ámbito socio-profesional le resultará sorprendentemente esclarecedor por la enorme riqueza de datos que se aportan referentes a la clientela de los retablos y al polifacetismo operacional y artístico que implicaba la creación de aquellas maquinarias, y a la larga cadena de intervenciones de artesanos especializados de todo tipo. Igualmente interesante es conocer cómo se formaba entonces un retablista en cualquiera de las aludidas funciones específicas y por qué pasos debía ir pasando desde su posición de aprendiz hasta la condición de maestro. Aspectos como la endogamia profesional (no muy frecuente en Bizkaia) cuyo resultado fue en otras regiones la formación de dinastías o sagas de artistas del mismo nombre, se exponen con abundancia de ejemplos. Y quizá le espera al lector la sorpresa de conocer la baja consideración social en que se tenía al artista todavía a principios del siglo XVIII y cuánto tuvieron que luchar los artistas en España para lograr que su profesión fuera considerada como arte liberal.

En el capítulo dedicado al retablo mismo como realidad material se estudia primeramente el largo proceso que su construcción implica desde las licencias que deben obtenerse, pasando por las escrituras legales, las condiciones impuestas por los clientes respecto a modelos a imitar, materiales, formas, etc., hasta su ejecución, policromía, tasación, pagos, etc. Sigue un estudio sobre la periodización fijada a base de la barroquización progresiva de los retablos –clásico, churrigueresco y rococó– y sobre la importancia del soporte como indicador de una evolución estilística. Esta tercera parte termina con un apartado especialmente atractivo para los historiadores del arte pues está dedicado al estilo y la iconografía. Es obvio que en un estudio histórico de centenares de retablos no cabe detenerse mucho en el análisis de sus calidades estéticas. Menos aún podría exigírsele al autor el estudio estético-estilístico de las esculturas, relieves y pinturas que encierra el retablo, aunque tal estudio siga siendo para los historiadores del arte el más atractivo. Consideramos esta limitación como necesaria, lógica y metodológicamente aceptada por el autor desde el principio de su investigación. Es un acierto haber explicado la trascendencia del decreto tridentino sobre las imágenes y la de sus comentaristas posteriores, así como las 30 páginas en las que se hace un resumen descriptivo de los temas más frecuentes en la tradición del arte cristiano. En estos tiempos en que no es raro encontrar en las aulas universitarias de Historia del Arte estudiantes, relativamente maduros, que no saben distinguir entre la *Cena en casa de Leví*, la *Cena de Emaús* y la *Última Cena* (y no invento nada), me gustaría proponer que estas descripciones iconográficas que Zorrozuía desarrolla en su libro fueran de obligada lectura para los estudiantes, al menos mientras en el bachillerato de este país las clases de Religión sigan siendo optativas.

Añadamos finalmente que dos tercios de este libro se dedican al *Catálogo de Artistas y Obras*. Si decimos que el autor ha registrado la existencia de 97 retablos mayores y 171 late-

rales y colaterales, aunque la desaparición de algunos de ellos haya aligerado un poco su trabajo, se tendrá una idea de lo que significa la elaboración de este catálogo. Metodológicamente, el autor decidió primeramente respetar la cronología de los tres períodos citados, y eso supuesto, partir de ciertos focos o talleres imperantes vizcaínos (Forua y Lekeitio) y de procedencias geográficas cuando se trata de artistas foráneos; después sigue una semblanza biográfica de cada artista, para finalmente describir cada obra señalando los aspectos siguientes: Arquitectura y escultura; estructura y decoración; estilo e iconografía; policromía, valoración y fuentes. Importa señalar que, además de algunos dibujos de los diversos tipos de retablo muy ilustrativos, la presentación del libro cuenta con 32 páginas de fotos en color y 52 en blanco y negro.

Termino subrayando que, en esta época en que por exigencias de la liturgia posconciliar y por razones de sensibilidad estética, se ha abandonado en nuestros templos la costumbre de crear retablos, un trabajo como éste resulta de capital importancia en la historia del arte sagrado. Con toda justicia y con merecida satisfacción puede pensar el autor que con su trabajo “el Señorío de Bizkaia se sitúa en la vanguardia de la investigación que tiene por objeto este mueble litúrgico” y “colabora al conocimiento y conservación de nuestro patrimonio cultural”.

Juan Plazaola Artola